ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

H. P. Blavatsky y los Maestros de la Sabiduría.

III

ANTES de ocuparnos de las comunicaciones recibidas durante algún tiempo en el famoso tabernáculo *(shrine)* en Adyar, es necesario describir el departamento que llegó á ser célebre más tarde. Mad. Blavatsky ocupaba dos de los tres cuartos del primer piso, que se abrían sobre un gran vestíbulo. Tenía un gran salón en el que había una alcoba que á su vez daba acceso á una tercera habitación; el muro entre la alcoba y este cuarto lo formaban dos tabiques, separados entre sí por unas doce pulgadas, y muy ligeramente construídos, porque no tenían nada que sostener. En medio de este muro había una puerta que se encontraba también en una oquedad. El tercer cuarto estaba reservado para los usos ocultos, y se llamaba la cámara oculta. En este muro de separación, y sencillamente colgado, se hallaba un armario portátil que originariamente había estado encima de la puerta (1) y donde estaban los dos retratos de los maestros

(1) Mad. Morgan, esposa del General Morgan, declara: «Puedo asegurar que durante mi estancia en Adyar, en Diciembre de 1883. Mad Blavatsky nos llevó á M. C. y á mi para enseñarnos el interior del tabernáculo y el muro edificado tras él, donde antes hubo una puerta; se podía examinar libremente y estaba apestillado y cerrado con llave; sin embargo, lo hizo trabajar con albañiles, pensando que eso evitaría toda suposición. El muro ofrecía entonces una hermosa superficie blanca pulimentada. Poco tiempo después le vi tapizar, observando yo la operación.» (*Report of the result*, págs. 99 y 100).

al óleo, un tazón de plata y otras cosas; el armario era movible, con un fondo sólido y estantes, estando sencillamente colgado del muro de modo que se le podía quitar con facilidad. Este armario se le llamaba el tabernáculo. El muro era de mampostería, y diversas personas, después de lo efectuado por los Coulomb, testificaron que estuvo intacto hasta el 17 de Febrero de 1884 al menos (H. P. B. abandonó Adyar el día 7). El General Morgan, que vió la cámara oculta por primera vez en Agosto de 1883, durante una visita á Adyar en ausencia de Mad. Blavatsky, y que sin duda en consecuencia de un fenómeno notable que acaeció en su visita, examinó con mucho cuidado el tabernáculo y su vecindad, afirmando que hasta Enero de 1884, época en que dejó el Cuartel general, «toda trampa era imposible».

El Coronel Olcott señala esta fecha en 15 de Febrero de 1884, una semana después que Mad. Blavatsky abandonó á Adyar. El 15 de Diciembre de 1883, se le dijo intentase un experimento señalando «los puntos del muro correspondientes al centro y á los cuatro rincones del armario». Le levantó para el objeto, y hecho el experimento, le colgó nuevamente en su sitio. Después de un año fué á Ceylán, volviendo á Adyar el 13 de Febrero de 1884, es decir, poco después de la partida de Mad. Blavatsky, partiendo para unirse con ella el 15 de Febrero. En ese tiempo descolgó nuevamente el armario para examinar las señales, no encontrando en esa fecha ninguna perforación en el muro (1). Es preciso recordar á este propósito que nadie ha lanzado la menor acusación contra el honor del Coronel Olcott. Se le ha tratado de engañado, pero jamás de cómplice.

Los testimonios acerca de la naturaleza del tabernáculo y del muro trasero, son decisivos.

El Juez Sir Subramania Aiyer, del Tribunal Supremo de Madras, es, quizás, el hindo más respetado en la localidad, honrándole igualmente los europeos y los indígenas. Declara el 10 de Enero de 1884 que era Presidente en Adyar durante el año 1883, y que vió algunos fenómenos los días 26 y 28 de Diciembre. «La cámara en cuestión está situada arriba. Se encuentra en ella el tabernáculo, un armario de madera adosado al muro. No está fijado contra él, y no hace más que tocarlo; le he examinado

(1) *Report of the result*, pág. 102.

cuidadosamente dentro y fuera, así como el muro contra el que se adosa. No he encontrado nada que haga sospechar la existencia de combinación alguna para explicar cuanto he visto. En el interior del armario hay dos retratos de los Mahatmas, con sus cuadros correspondientes, cubiertos con una seda amarilla, un tazón de plata y algunas imágenes... No vi nada engañador, ni alambres, ni resortes, dentro ó fuera del tabernáculo. Pedí permiso para examinarlo, y ella (H. P. B.) me lo dió. No sólo no *vi* ningún alambre, resorte ni combinación, sino que no *sentí* nada al introducir la mano para examinarlo» (1).

Mr. R. Casava Pillai, Inspector de policía, declara: «Cuando estuve en el Cuartel general de Adyar, en Enero último (1883), entré en la cámara oculta cinco ó seis veces, cuatro de ellas en pleno día. En dos de esas ocasiones, durante el día, muchos teósofos de la India meridional entraron una vez á ruegos de madame Blavatsky y otra de Mr. Damodar, para examinar el tabernáculo y los muros del cuarto. Tras un examen minucioso, esas personas no descubrieron nada que hiciese sospechar. Se comprobó que el tabernáculo estaba adosado al muro sólido que tenía detrás, y que no había alambres ni otras combinaciones que hubieran podido escapar á la experta mirada de un Inspector de policía como yo, que vigilaba de cerca.—R. CASAVA PILLAI» (2).

Un ingeniero del Gobierno escribe: «El 5 de Julio de 1883 he ido al Cuartel general de la Sociedad Teosófica en Adyar. He examinado las paredes del fondo, de arriba, de abajo y de los costados del tabernáculo, lo mismo que los muros próximos, con el mayor cuidado y la mayor minuciosidad, y no he encontrado motivo alguno para sospechar un fraude.—C. SAMBIAH CHETTY» (3).

El testimonio del director de *Philosophical Enquirer*, Mr. P. Ruthnavelu, es de gran valor, porque examinó el tabernáculo y su vecindad *antes y después* del ataque de los misioneros. Escribe: «Fuí testigo de un fenómeno (el 1.° de Abril de 1883) cuyo relato completo he publicado en *Philosophical Enquirer* el 8 de Abril de 1883. Subí á ver el tabernáculo con dos amigos míos, excépticos, y se me abrieron las puertas para que pudiera

---

(1) *Report of the result*, págs. 63 y 64.
(2) Idem, pág. 99.
(3) Idem, íd.

inspeccionarlo minuciosamente. Examiné todo con el mayor cuidado, palpándolo en diferentes sitios. No había abertura ni agujero en el sitio movible del armario. Fuí llevado á la cámara inmediata para ver el otro lado del muro al que estaba adosado el tabernáculo. Contra este muro había un guardarropa, que fué quitado en mi requisa para que pudiese ver el muro por este sitio. Miré por arriba, examiné de todos modos para ver si había algún engaño, y pude convencerme que era completamente imposible cualquiera.

El 14 de Septiembre de 1884, después de leer el artículo de los misioneros, volví á ver el cuarto á las ocho de la mañana; fuí recibido por Mr Judge, el Doctor Hartmann y Mr. Damodar, que me hicieron subir. Al otro lado del muro, en el sitio correspondiente á la parte posterior del tabernáculo, vi un ingenioso aparato de ebanistería, al cual había adaptada una puerta corrediza, que al abrirse, enseñaba una aberturita en el muro. Dentro del mismo había un hueco bastante grande para que un muchacho delgado estuviese, si le era posible deslizarse por la abertura y contener su respiración unos segundos. Traté en vano de deslizarme por la abertura, y alargué luego mi brazo con dificultad por el hueco para sondear su extructura interior. *No tenía comunicación* con el fondo del tabernáculo. Pude ver que el aparato no había sido concluído, y que las puertas correderas y todo ofrecían el carácter de un trabajo inacabado y reciente» (1).

Mr. el Profesor J. N. Unwalla, caballero parsi de gran cultura y elevado rango, ofrece este testimonio: «En Mayo de 1883, hallándome hospedado en el Cuartel general, he tenido muchísimas ocasiones la fortuna de encontrarme en la cámara oculta y de examinarla lo mismo que el tabernáculo. Una vez por deseo de Mad. Blavatsky, examiné este último cuidadosamente, antes y después de un fenómeno que vi producirse. Puedo decir con seguridad, sin equívoco ni reservas, que ni en la cámara oculta ni en ningún sitio del Cuartel general he podido encontrar nunca aparatos ó combinaciones de ninguna especie que puedan dar idea de fraude ó de trampa» (2).

Podría continuar las citas, pero creo que no merece la pena

(1) *Report of the result*, págs. 97-98.
(2) Idem, págs. 102 y 103.

una vez que son tan concluyentes. Sin embargo, estos hechos tienen su importancia, porque la primera parte del complot Coulomb y de la Memoria de Mr. Hadgson, se han fijado en el tabernáculo y su vecindad.

Entre los numerosos fenómenos que aquí se refieren, algunos pueden relatarse en este lugar, pero debe observarse que el tabernáculo no existió sino poco tiempo, y que no jugó ningún papel en la mayoría de los fenómenos dependientes de Madame Blavatsky.

Véase uno del cual ha hecho un relato el General Morgan. Se efectuó en Agosto de 1883. Mad. Blavatsky, entonces en Ootacamund, le rogó mirase el retrato en el tabernáculo, porque era un trabajo particularísimo. Mad. Coulomb le hizo subir y entró con él en la cámara oculta. «Al entrar en la cámara, ella se aproximó rápidamente al tabernáculo y abrió violentamente la doble puerta. En ese instante un platillo de porcelana, que parecía apoyado contra la puerta, cayó sobre el suelo y se rompió. Manifestó ella una gran consternación, diciendo que era un objeto al que la señora tenía en gran estima, y que no sabía cómo remediarlo. Ella y su marido, que habían venido con nosotros, recogieron los pedazos. La mujer los envolvió en un trapo y los metió en el tabernáculo, *en el* tazón de plata y no *fuera*. Cerraron las puertas; Damodar se colocó en una silla en frente del tabernáculo, á unos cuantos pies de distancia. Miraba atentamente el cajón en actitud del que oye. Yo ignoraba entonces, y ahora lo sé, que la corriente eléctrica astral produce un sonido exactamente como el del telégrafo ordinario, que se podía oir claramente en el tabernáculo. Ignorándolo continué conversando con los Coulomb sobre el suceso. Dije al marido que buscase mastic ó cola y tratase de pegar los pedazos. Salió para buscarlo diciendo que lo tenía en su bengalow, á unos cien metros de la casa. Volviéndome á la mujer, le dije: «Si la cosa vale la pena, los Mahatmas pueden remediarla; si no, arréglelo usted como pueda.» Apenas dije esas palabras, cuando dijo Damodar: «Hay un mensaje»; abrió inmediatamente la puerta del tabernáculo, cogió el tazón de plata, donde se encuentran las cartas generalmente, y, en efecto, había una carta que se abrió y contenía las siguientes líneas:

«Á las personas presentes como testigos. He aquí una ocasión para Mad. Coulomb para asegurarse que el diablo no es tan

negro ni tan malo como se le representa por lo general. La desgracia se ha reparado fácilmente.—K. H.»

«Quitamos entonces el lienzo que contenía el platillo roto y le encontramos entero é intacto. *Tres* minutos no habían transcurrido desde que sugerí que se procurase cola, cuando Coulomb volvió con ella. ¿Se había podido dar la vuelta á los cuartos de arriba, pasar por detrás del tabernáculo, coger el platillo roto y atar el paquete después de haber puesto un platillo intacto en su lugar, y escribir la palabra referente á la reparación del platillo, sin haber oído mi observación sobre el caso? Yo declaro entonces que su hazaña hubiera sido igual á la de los Maestros. Cuando hablé á esta mujer de la manera extraordinaria como había sido arreglado el platillo, respondió: «Eso debe ser obra del diablo.» Y efectivamente; ella escribió á Mad. Bavatsky el 13 de Agosto de 1883: «Creo verdaderamente que me vuelvo loca si estoy con usted.» Luego dió en seguida el relato de lo ocurrido, y concluyó: «Yo digo que usted tiene pacto con el diablo» (1).

Otro caso fué el del juez Srinavasa Rao, que lo refiere como sigue: «El 4 de Marzo de 1884—Mad. Blavatsky y el Coronel Olcott se hallaban en ese momento en el Océano, habiendo salido de Bombay el 20 de Febrero para Marsella —, me sentí, á consecuencia de disgustos deméstícos, muy mal durante todo el día.» Fué á Adyar, y encontrando á Damodar, le participó su deseo de ver el tabernáculo. «Me llevó inmediatamente á la cámara de arriba y abrió el tabernáculo. Estuvimos unos cinco segundos contemplando el retrato del Mahatma K. H., que estaba colocado en él, cuando me dijo que tenía orden de cerrarlo, lo que hizo en seguida. Me quedé extremadamente contrariado; pero al cabo de un instante Mr. Damodar volvió á abrir el tabernáculo. Mis ojos cayeron en seguida sobre una carta con un sobre tibetano que estaba sobre el tazón en el tabernáculo, antes completamente vacío. Tomé la carta, y viendo que venía dirigida á mí por el Mahatma K. H., la abrí y la leí» (2).

El juez, Sir. S. Subranania Aiyer, da cuenta de otro fenómeno producido por intento del mismo Mr. Srinavasa Rao: «El 28 de Diciembre de 1883—dice—fuí al tabernáculo á las diez

---

(1) *Reply to á Report du Examinatión by J. D. B. Gribble*, por H. R. Morgan, mayor general, págs. 14 á 17.

(2) *Report of the result*, pág. 59.

y media de la mañana. Siete personas estaban presentes. Las ventanas estaban abiertas y entraba la luz del día. Mad. Blavatsky dió la llave del tabernáculo á Mr. P. Srinavasa Rao, juez de primera instancia en Madras, y se puso á cierta distancia de nosotros. Mr. Srinavasa Rao abrió el tabernáculo, sacó el tazón de plata y lo mostró á los concurrentes. No había nada en él. Le puso dentro otra vez, cerró y se guardó la llave. Al cabo de cinco minutos Mad. Blavatsky le dijo que abriese, y así lo hizo. Sacó el mismo tazón de plata, y dentro de él encontró un sobre cerrado con goma, dirigido á Mr. Srinavasa Rao. Yo le vi abrir el sobre y sacar de él una carta con escritura del Mahatma K. H., así como unos billetes corrientes por valor de 500 rupias» (1).

El juez T. Ramachandra Rao y Mr. R. Ranga Rao, han entrado también en la cámara oculta. «Examinamos todo con el mayor cuidado, y el tabernáculo estaba cerrado con llave. No nos movimos, sin embargo, y al cabo de medio minuto Mad. Blavatsky nos dijo que lo abriésemos. Lo hicimos y encontramos el armario, donde antes no había nada, y habíamos mirado medio minuto, lleno de flores y de hojas frescas. Cada uno cogió unas cuantas y observamos que había entre las hojas unas de cierta especie que no podía encontrarse en ninguna parte de la provincia de Madras. Examinamos cuidadosamente la cámara y sus alrededores y no encontramos nada que justificase ó diera que sospechar el menor engaño.—T. RAMACHANDRA RAO.»

«El fenómeno descripto anteriormente se efectuó en mi presencia.—R. RANGA RAO» (2).

Mad. Coulomb, á consecuencia de su natural celoso é intrigante, fué causa de muchísimos disgustos en el Cuartel general, no siendo querida del personal del mismo. El Doctor Hartmann, que llegó á Adyar el 4 de Diciembre de 1883, hace de ella la siguiente descripción: «Imaginaos una extraña criatura, con aire de bruja, de rostro arrugado, una mirada agudísima y un inquietante continente. Su oficio era afectar aires protectores cerca de los servidores, cuidar como una madre un caballo decrépito y muchos perros sarnosos incapaces de andar. Consideraba como su misión principal meter la nariz en los negocios

---

(2) *Report of the result*, págs. 63 y 64.
(1) Idem, págs. 68 y 69.

particulares de cada uno, y reunir las cartas extraviadas aquí y allá que no iban dirigidas á ella, sin duda con el fin de estudiar las escrituras; trató de insinuarse en la confianza de los recién venidos, y tenía un procedimiento para descubrir sus secretos, pretendiendo decirles la buena ventura echándoles las cartas, al mismo tiempo que trataba de despertar simpatías en los extranjeros, refiriéndoles cómo desde una vida de lujo había caído á una situación humilde. Si encontraba un oído atento no vacilaba en insinuar que toda la sociedad era una broma, que los fenómenos eran fraudulentos, y «que ella podía decir muchas cosas si quisiera». Complaciente y de un modo confidencial informaba al aspirante á los honores teosóficos que el Coronel Olcott era un tonto, á quien arrastraba de la nariz Mad. Blavatsky. Si se le decía que se explicase, contestaba: «Tengo cerrada la boca y no puedo hablar contra las gentes que me dan de comer. Cuando se la objetaba que los fenómenos ocultos se efectuaban cuando Mad. Blavatsky estaba á un millar de millas, respondía que ella «sabía lo que sabía» (1). Puede recordarse acaso como una excusa para Mad. Coulomb, que era una cristiana supersticiosa, y que realmente estaba alarmada por las cosas que pasaban á su alrededor. Como hemos visto, creía que los fenómenos eran obra del diablo. Por otra parte, esto era un paraíso para ella, quiero decir, el vivir contenta en Adyar, tras todos sus reveses, y no tenía valor para abandonar su refugio. Es posible que su traición hacia sus bienhechores fuese en parte resultado de una conciencia obtusa y deforme. La tentación de permanecer era demasiado fuerte. El Doctor Hartmann continúa: «Ella llegó al Cuartel general sin un cuarto, y Mad. Blavatsky la recogió en la casa por pura caridad, dándole plena autoridad sobre todo, incluso la obra; y cuando abandonó el Cuartel central ostentaba un grueso fajo de billetes de Banco. (Los gastos domésticos del Cuartel central, después de la marcha de los Coulomb, disminuyeron de 230 á 270 rupias mensuales).» Además había muchos visitadores generosos, y podían obtener *préstamos;* la falta de un préstamo aceleró la catástrofe. El Príncipe Harisinghjí, de Kathiamar, primo del Maharajá de Bhaenagar, fué á la convención de Diciembre de 1883, y Mad. Coulomb le abordó para pedirle un

(1) *Report of the observations*, pág. 25.

préstamo de 2.000 rupias. El príncipe esquivó la demanda, diciendo que la ayudaría quizás algún día, y se fué á su casa.

El 7 de Febrero de 1884, Mad. Blavatsky dejó Adyar, y como se proponía visitar al Príncipe Harisinghji antes de ir á Bombay *en su camino* para Europa, Mad. Coulomb pidió y obtuvo permiso de ir con ella. Al llegar á la casa del príncipe, madame Coulomb renovó su ataque contra su bolsa, diciéndole que había prometido ayudarla, y el príncipe acabó por quejarse á madame Blavatsky, que ahogó la operación. El Doctor Hartmann, que estaba presente, observa: «Su furor no tuvo límites, y sus accesos apasionados de cólera y envidia no se apaciguaron por los reproches que le hizo Mad. Blavatsky á propósito de su injusta tentativa de estafa... Mad. Coulomb vertió algunas lágrimas con el auxilio de su pañuelo, volvieron las cosas á su lugar y continuamos hacia Bombay, donde encontramos al Coronel Olcott y á Mr. Saint-Georges Lane-Fox, el conocido electricista, mientras Mad. Coulomb fué á visitar un obispo y otros dos clérigos cuyos nombres no conozco» (1). El Doctor Hartmann cuenta con causticidad el embarco del Coronel Olcott y madame Blavatsky el 21 de Febrero: «Un sollozo más, un abrazo, y Mad. Coulomb, con los ojos rojos y los pasos vacilantes, salió del camarote. Bajó á la lancha é hizo con su pañuelo un último adiós á Baboula, el criado de Mad. Blavatsky, diciéndole: «Me vengaré de vuestra ama por haberme impedido tener mis 2.000 rupias» (2). Baboula declaró más tarde: «En el momento que Mad. Coulomb dejó el barco, después de haber dicho adiós á Mad. Blavatsky, dijo que se vengaría de mi ama por haber impedido que Harisinghjí le diese 2.000 rupias... Otra vez en casa del Doctor Deudley, en Bombay, dijo que odiaba á Mad. Blavatsky» (3). El mayor General H. R. Morgan escribe lo que sigue, á propósito de los Coulomb: «Fueron recibidos por madame Blavatsky en Bombay, en un estado de penuria; los recibió como amigos porque le habían prestado un servicio en Egipto. La mujer de los Coulomb vino á ser una especie de intendente de confianza, y como observa justamente Mr. Gribble, ella fué la causa de que Mr. Wimbridge y Miss Bates, dejaran la socie-

(1) *Report of the observations*, pág. 31.
(2) Idem, pág. 32.
(3) *Report of the result*, págs. 136 y 134.

dad en Bombay. Vemos por eso que ella comenzó inmediatamente su nefasta intervención.

«Lo que sigue prueba que la maldad es sus rasgos característicos. Cuando estaba en Bombay trató de vender lo que sabía sobre la Sociedad al *Guardián*, un periódico de la localidad. Ella no sabía gran cosa entonces. La correspondencia vendida después al *Christian College Magazine*, no existía, ni los falsos fenómenos que alegaba tampoco. Es evidente que desde el año 1879 ella tenía dispuestas las letras falsificadas y los fenómenos. Precisamente en esa época es cuando su naturaleza maquiavélica la llevó á preparar la caída de su bienhechora, pues ella afirmó á más de un teósofo que jamás había visto un trozo de escritura de Mad. Blavatsky, y que había tenido en cambio la suerte de encontrar cartas comprometedoras, traídas á sus pies por el viento. ¿Cómo hubiera tenido en tanto esos papeles si tenía la correspondencia voluminosa de que ha dispuesto con tanto provecho? Cuando se reflexionan las maneras de obrar de esta mujer, de escuchar en las puertas, devolver las cartas en su odio á los miembros de la Sociedad, en su juramento de vengarse, en el incesante espionaje contra Mad. Blavatsky y los que con ella hablaban, no es difícil comprender por qué y cómo elaboró ella las cartas. Su maldad llegó á tal punto, que mantenía una trailla de perros enfermos y sarnosos con el fin de molestar á los brahmanes de la alta casta y de hacerles huir. Su objeto era tener la completa posesión de la bolsa y atacar á la bolsa de los demás; y cuando estos míseros planes fueron descubiertos por Mad. Blavatsky, la odió en consecuencia.

Podría preguntarse cómo pudo tolerarla algún miembro de la Sociedad sabiendo todo eso. La respuesta es que es una espiritista del carácter más marcado, que se entrega á la práctica de la magia negra y que se la creía poseída. Así se la toleraba como una persona apenas responsable de sus actos. Añádase á eso la costumbre de confiar su odio de la Sociedad y de sus objetos bajo el sello del secreto, que cerraba la boca de muchas gentes que la hubieran denunciado de otro modo y pedido su expulsión. Además, el excelente corazón del Coronel Olcott y de Mad. Blavatsky, les hacía tolerar muchos de sus defectos, soportándola en parte por sus servicios como intendente, y en parte por caridad. Únicamente, cuando la crisis por la expulsión de los Coulomb, hubo de manifestarse, los miembros co-

menzaron á comparar sus observaciones, y la astucia excesiva y la iniquidad de esta mujer se evidenció á todos» (1).

Tal era la mujer á quien Mad. Blavatsky, con su característico descuido, segura de su propia honradez y muy confiada en la de los demás, dejó la custodia de sus departamentos de Adyar. Una vez, sin embargo, muy enojada por el incidente de Harisinghjí, pidió al Doctor Hartmann que se deshiciese de los Coulomb antes de su vuelta.

La venganza anunciada se efectuó en seguida; escribiendo á Mad. Blavatsky quejas contra todos los personajes del Cuartel central, Mad. Coulomb hablaba á cada uno de ellos contra madame Blavatsky, aludiendo á las revelaciones próximas. Enviando á Mad. Blavatsky el relato de todo lo que motivó la despedida de los Coulomb del Cuartel general, Damodar, el más fiel de los colaboradores hindos, escribe el 14 de Julio de 1884, que durante ese tiempo la mujer daba á entender, sin decirlo abiertamente, «que todos los fenómenos son fraudulentos, y que sois una impostora»; dejaba caer algunas alusiones sobre comunicaciones secretas, trampas, etc., no empleando esas palabras, pero dejándolas adivinar. «No trataba sino de sembrar fermentos de discordia entre nosotros... esforzábase en concitar uno contra otro á los miembros del consejo, pero fracasó vergonzosamente.» Los Coulomb no permitían la entrada á nadie del Cuartel general en el cuarto de Mad. Blavatsky (que antes vivió siempre libremente al estado mayor durante sus frecuentes ausencias) y para explicar el transporte al cuarto de los útiles de carpintería, manifestaron que el techo se rezumaba y que Mr. Coulomb lo reparaba. Disgustado por las molestias que causaban, el consejo resolvió desembarazarse de ellos, según el Doctor Hartmann. «Las declaraciones enviadas por muchísimos miembros manifestaron que los Coulomb se habían conducido muy mal, exparciendo mentiras sobre la Sociedad, calumnias sobre las personas oficiales, y que despilfarraban los fondos de la Sociedad, etc... Resolvimos, pues, descalificarlos de un modo formal» (2). Pero mientras celebraban una sesión con este fin, apareció la forma astral de un chela, y dió á Damodar una nota del Maestro K. H., dirigida al Doctor Hartmann, rogándoles

(1) *Reply to á report*, págs. 3 y 5.
(2) *Report of observations*, pág. 33.

efectuasen las reformas, pero que se compadecieran de madame Coulomb. Obedecieron y dejaron pasar las acusaciones, y el Doctor Hartmann observó que tenían razón de obrar así, porque la obra del Coronel Olcott en Europa, había sido seriamente comprometida si se hubiera efectuado una crisis en Adyar, en ese instante (1). Durante algún tiempo todo fué bien; una carta de T. V. Charlu á Mad. Blavatsky, en 12 de Marzo de 1884, anuncia que el trabajo iba perfectamente. El Doctor Hartmann había sido elegido Presidente del Consejo de vigilancia. Mister Lane-Fox debía dar dos conferencias en la sala de Patchyappa, y muchos trabajadores debían ir á Ootacamum en Abril, incluso Mad. Coulomb. Refiere dos fenómenos, dos cartas recibidas respectivamente por el Príncipe Harasinghjí y el Juez Srinavasa Rao. S. A. el Thakur Saheb de Wadhwan y el Príncipe Harasinghjí resolvieron visitar el Cuartel general. Este último puso una carta en el tabernáculo y ha contado más tarde lo que aconteció: «He estado con frecuencia en el Cuartel general durante mi estancia en Madras con mi amigo S. A. el Thakur Saheb de Wadhwan; nos hallábamos en esa ciudad en Marzo último para la celebración de su matrimonio con la hija del honorable Gajapati Rao. Un día supliqué á Mr. D. M. Mavalankar (Damodar) pusiese por mí en el tabernáculo una carta que había escrito á mi venerado Maestro K. H. Estaba encerrada en un sobre y trataba de asuntos personales que es inútil publicar. Mr. Damodar me permitió poner la carta en el tabernáculo, y á la mañana siguiente fuí al tabernáculo acompañado de mi mujer. Al abrir aquél encontré mi carta sin abrir, pero con mi dirección en lápiz azul en vez de mi sobre escrito «Á mi venerado Maestro», que estaba tachado. Esto pasó en presencia de Mr. Mavalankar, del Doctor Hartmann y de otras personas. El sobre estaba intacto, le abrí y en lo blanco que dejé de mi carta venía la respuesta de mi Maestro K. H. con su escritura, que me es familiar. Quisiera saber cómo otras personas se explicarían esto, cuando los dos fundadores se hallaban á muchas millas de distancia.—Harasighjí Rupsinghjí» (2).

Algunos días después el Juez Srinivasa Rao vino y pidió permiso para sentarse delante del tabernáculo. Damodar le hizo

(1) *Report of observations*, pág. 33.
(2) Idem, pág. 57, nota.

subir y le sentó: «Dentro no había más que su contenido ordinario.» Recibió inmediatamente orden de su *guru* de cerrarle y de abrirle después. Luego se recibió una carta dirigida al Juez (1).

Esta calma era engañadora. El Coronel Olcott recibió en Londres un sobre timbrado en Madras, con fecha 28 de Abril de 1884, dirigido á Mad. Coulomb por el Doctor Hartmann. El signatario manifestaba su falta de fe en Mad. Blavatsky, é insinuaba que Mad. Lane-Fex había «recibido instrucciones secretas de los miembros de Londres para descubrir su engaño». La carta estaba mal dirigida y ortografiada, y el Coronel escribió al Doctor Hartmann con fecha de 20 de Julio de 1884: «El conocimiento personal que tengo de usted se levanta contra esta carta de pícaro.» Decía también que le había puesto entre sus despachos, pero que por la mañana, buscándola en sus papeles, observó que el Maestro la había anotado y que le dijo que la enviase en seguida al Doctor. Éste observó que la carta era «una imitación bastante mala de su propia letra». El Maestro M. escribió debajo: «Grosera falsedad, pero suficiente para indicar lo que un enemigo obstinado puede hacer en este sentido. Esto es lo que se puede llamar en Adyar un campeón» (2). Y era, en verdad, un campeón de la vanguardia de esa cosecha de cartas falsas que se publicaron algunos meses después en el *Christian College Magazine,* escritas por la misma mano.

Sin embargo, se habían hecho advertencias en Adyar. «Cuando la carta falsificada se escribió, recibí una de un amigo de Europa, y en el interior del pliego hallé estas palabras escritas por mano del Maestro: «El asunto es serio. Os enviaré una carta por medio de Damodar; estudiadla con detenimiento, etcétera.» A los pocos días una carta dirigida á mí cayó en el cuarto de Damodar en Ootacamund (el Dr. Hartmann estaba en Adyar), que después de leerla y enseñarla á Mr. Lane-Fox, me la remitió. Estaba indudablemente escrita por el Maestro. Citaré un trozo de ella: «26 de Abril de 1884. Desde hace tiempo esa mujer ha entablado relaciones, verdaderos *pourparlers* diplomáticos con los enemigos de la causa, algunos *padres*. Espera recibir más de 2.000 rupias si les ayuda á dominar la Socie-

(1) Carta de T. V. Charlu. El relato del Juez Srinivasa Rao se ha dado ya.
(2) *The latest attack on the T. S.,* págs. 17 y 18.

dad, ó á perjudicarla por lo menos, desacreditando á los fundadores. De ahí sus alusiones á las trampas y á los *trucs*. Además, *cuando le convenga encontrará* trampas, porque hace tiempo que las preparan, pues son los dueños del piso de arriba. Tienen libre acceso y plena vigilancia del local. El marido es astuto, diestro en los trabajos manuales, buen artesano y carpintero y albañil. *Notadlo bien, señores teósofos.* Os odian con el odio de los humillados por el éxito; odian á la Sociedad, á Henri (Olcott), á H. P. B. á los teósofos y hasta el mismo nombre de Teosofía. Están dispuestos á gastar una gran cantidad para destruir á la Sociedad que detestan... Además los j... de la India están de acuerdo con los de Londres y París... Mantened cuanto os digo lo más confidencialmente posible si queréis ser los más fuertes. No déis á entender que lo sabéis; si queréis aceptar mi consejo, sed prudentes. Obrad, sin embargo, sin demora.—*M.* (1)».

Mad. Coulomb estaba en Ootacamund. El marido se encontraba en Adyar, discutiendo un ofrecimiento que le había hecho el Dr. Hartmann de ir á América, cuando llegó una carta del Coronel Olcott, fechada en París el 2 de Abril de 1884, en la que reprochaba á Mad. Coulomb de hablar contra la Sociedad y conspirar contra ella. Mad. Coulomb, Damodar y Mr. Lane-Fox regresarán de Ootacamund; un requerimiento del Dr. Hartmann á los Coulombs (él esperaba desembarazarse de ellos tranquilamente), les rogaba que dejasen Adyar, pero fué formalmente rehusado por ellos. Mad. Blavatsky escribió que no volvería á Adyar si estaban los Coulomb, y el Consejo General fué citado para reunirse el 14 de Mayo de 1884. La reunión se celebró y se presentaron disposiciones acusando á Mad. Coulomb de que había declarado: Que el objeto de la Sociedad era contrarrestar la dominación inglesa en la India; que sus fines eran contrarios á la verdadera religión y que los fenómenos eran fraudulentos y obra del diablo. La acusaron de haber tratado de apoderarse del dinero de los miembros, de haber dilapidado los fondos de la Sociedad, de ser reo de mendicidad, y maledicencia, de haber calumniado groseramente á H. P. B., declarando que su presencia en el Cuartel general era nefasta á la Sociedad y mostrando una carta de *chantage* enviada á H. P. B. El marido fué

---

(1) *Report of the observations* págs. 35 y 36.

acusado de ayudar y animar á su mujer y de haber desobedecido á las órdenes del comité de vigilancia. Las tres primeras acusaciones fueron juzgadas únicamente, y Mad. Coulomb no quiso confesarlas ni negarlas. Siendo aplastantes los testimonios fué expulsada de la Sociedad. Mr. Coulomb, á quien se pedía la dimisión, rehusó y fué expulsado también y á los dos les intimó para que se marcharan. Después de algunas dificultades, mister Coulomb entregó las llaves de la cámara superior y el Dr. Hartmann, Mr. T. Subba Rao, el juez Srinivasa Rao, Mr. Drown, Mr. Damodar K. Mavalankar y algunas otras personas, entraron en el departamento de Mad. Blavatsky, de donde los Coulomb habían excluído á todo el mundo. Se vió entonces el trabajo al que Mr. Coulomb se había entregado. El general Morgan y su señora habían visto el muro intacto, y ella le había hecho tapizar ante su vista en Diciembre 1883 como ya hemos dicho; pues ahora de la parte de la alcoba de Mad. Blavatsky, estaba oradado por la parte donde antes hubo una puerta, habiéndose abierto un agujero, observándose aún los restos del trabajo. El muro, como hemos dicho, había sido tapado ligeramente con yeso, y los dos tabiques separados por un espacio de doce pulgadas se había llenado con cascote. El tabique de la cámara oculta estaba todavía intacto, pero es evidente que la abertura debía repetirse en el otro, y probablemente en el suelo del tabernáculo se hubiera hecho movible para poder quitar ó poner en él algún objeto. Pero á consecuencia del aviso del Maestro, el Dr. Hartmann había obrado sin detenerse», y detuvo la obra que no pudo acabarse. El orificio de la alcoba de Mad. Blavatsky tenía catorce pulgadas de ancho por veintisiete de alto, y era «bastante grande—según la irónica expresión del Dr. Hartmann—para que un muchacho que no tuviera miedo á ahogarse pudiera introducirse en él». Un gran armario de ropero tapaba el boquete, y un respaldo movible se había puesto en el fondo del armario; la trampa era nueva y difícil de mover no cediendo sino á un estrepitoso martillazo. Otras tres puertas correderas nuevas y resistentes existían en otras partes del cuarto, pero no se sabe todavía con qué objeto. Mr. Coulomb confesó que él había hecho todas esas trampas con sus propias manos, pero se excusó diciendo que las hizo por orden de Mad. Blavatsky. Negó hallarse en relaciones secretas con los misioneros con el fin de perjudicar á la Sociedad. Dió luego las

llaves á Mr. Damodar K. Mavalankar, que se posesionó de las habitaciones. Se acordó dejar todos los boquetes y las puertas corredizas en su estado hasta una nueva decisión. Es seguro que con un poco de trabajo esas trampas hubieran sido terminadas y hemos de sospechar que Mr. Coulomb tenía el propósito de hacerlo antes que regresara de Europa Mad. Blavatsky (1).

En la carta de Damodar á Mad. Blavatsky citada más arriba (14 de Junio de 1884) cuenta estos sucesos y dice: «Expresamente hemos dejado el boquete y las puertas movibles, dan por sí mismo la prueba de vuestra inocencia. La entrada es tan pequeña que un hombre moriría sofocado si permaneciese dentro dos minutos. Además no comunica con el tabernáculo. Las puertas movedizas son tan nuevas que no pueden moverse sino haciendo mucha fuerza y no poco ruido; todo lo cual prueba que jamás habían servido antes».

Los Coulomb abandonaron Adyar el 25 de Mayo de 1884 habiendo fracasado la primera parte del complot por haberse descubierto prematuramente. Debía, sin embargo, resucitar de nuevo en lo porvenir por el agente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, y gracias á la manera poco verídica de presentar los hechos, pocas gentes saben, aunque todo el mundo lo sepa ahora, que ninguna de esas cosas existía mientras estaba Mad. Blavatsky en Adyar ni mientras se efectuaron los fenómenos, y que todas ellas se hicieron antes de su regreso. Estaban recientes en Mayo de 1884, aunque sin terminar; *el fondo del armario y el muro del que colgaba estaban intactos, de manera que no había comunicación entre la alcoba de Mad. Blavatsky y la cámara oculta*. Todo ello fué enseñado á los numerosos visitantes del Cuartel general durante el estío de 1884, dejando el muro y los panderetes tal como se los encontró. Mr. Judge, que llegó á Adyar el 26 de Mayo, describe así el boquete: «Era un agujero imperfecto y sin terminar en el muro, abriéndose en aquella parte en que se tapió la antigua puerta... El boquete empezaba en el suelo y subía á una altura de 22 pulgadas. En los bordes se veían trozos de lata, unos de tres pulgadas y otros de cinco, lo que disminuía la abertura... el yeso había sido quitado recientemente y los trozos de lata parecían pedazos de madera que se acabaran de romper. La tapicería se hubiera roto

(1) *Report of the observations*, págs. 35 y 36

después». Estos hechos fueron vistos y notados por más de treinta personas enviadas como testigos por Mr. Judge. Este mismo nos dice que á su instancia Mr. Damodar trató de introducirse por el agujero, pero que no pudo hacerlo. El mismo Mr. Judge lo intentó inútilmente también, así como un criado muy cenceño. En fin, logró entrar un niño de diez años, pero no pudo tenerse en pié por los trozos de cascote que salían de los costados. Mr. Judge hizo buscar entonces un hombre que «en mi presencia enladrilló el boquete, le enyesó y tapizó después toda su extensión». Esto se hizo, como recordamos, en el otoño de 1884, antes del regreso de Mad. Blavatsky.

Annie BESANT

Nociones erróneas acerca de "La Doctrina Secreta„

ET NUNC ERUDIMINI

Creo muy conveniente en estos momentos, en que no pocos neoteosofistas pretenden poner en tela de juicio, discutir y enmendar la obra magna de H. P. Blavatsky, *La Doctrina Secreta*, piedra angular de las doctrinas teosóficas, publicar la siguiente correspondencia, no conocida en España, respecto á esa obra magistral, escrita por su inspirada autora en el año 1890, y que lleva por título el anterior.

J. X. H.

Desde la publicación de *La Doctrina Secreta*, algunos estudiantes de Teosofía (fuera del círculo interno de las Ciencias Ocultas) se han quejado de que las enseñanzas contenidas en la obra no les satisfacían. Uno de ellos, mencionando la extensa y acerba crítica de aquélla, hecha por un antiguo, aunque insignificante, pero sí brutal enemigo, la emprende contra mí por dar lugar, dice, á semejante crítica, ya que no tengo suficientemente en cuenta la ciencia moderna y el pensamiento moderno (!); otro se lamenta de que no son completas mis explicaciones; así dice:

«Durante los diez últimos años he sido lector asiduo de la literatura teosófica. He leído y releído *La Doctrina Secreta*; he comparado y cotejado pasajes, y nada es tan desesperante, en el momento en que algunas de las más sabias explicaciones acerca de ciertos puntos Ocultos principian á aclararse, como verse uno confundido por una cita relativa á alguna filosofía ó religión exotérica, que viene á cortar el

*

hilo de las ideas, dejando la explicación sin acabar... Podemos comprender algunas partes, pero no podemos formarnos una idea concisa, particularmente acerca de las enseñanzas relativas á Parabrahm (lo Absoluto), al 1.er y 2.° Logos, al Espíritu, la Materia, Fohat, etcétera, etc.»

Este es el resultado directo y natural del concepto muy erróneo que consiste en creer que en la obra que he titulado *La Doctrina Secreta* me haya propuesto jamás coincidir con la Ciencia moderna ó explicar «puntos ocultos». Me ocupaba, y aun sigo ocupándome, en los *hechos* más que en las hipótesis científicas. Mi principal y único objeto fué el de hacer resaltar el hecho de que los principios básicos y fundamentales de toda religión ó filosofía exotérica, antigua ó moderna, no eran, desde el primero hasta el último, sino ecos de la «Religión de la Sabiduría» primitiva. Intenté demostrar que el ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO, como la Verdad misma, es *Uno,* y que aun cuando difiera el follaje en forma y color, el tronco, así como sus ramas principales, pertenecen todavía á ese mismo Árbol antiguo, á cuya sombra ha crecido y se ha desarrollado la filosofía (ahora esotérica) religiosa de las razas que precedieron en la tierra á nuestra humanidad presente.

Creo haber logrado mi objeto hasta donde era posible, en los dos primeros tomos de *La Doctrina Secreta.* No era la filosofía oculta de las doctrinas esotéricas la que me propuse explicar al mundo en general, porque, en ese caso, la calificación de «Secreta» se hubiese convertido en el *secreto* de «Polichinela», un secreto á voces como los *apartes* de las escenas teatrales, sino simplemente revelar *aquello que podía ser revelado* y compararlo con las creencias y dogmas de las naciones presentes y pasadas, señalando así su origen y poniendo de manifiesto hasta qué punto habían degenerado. Si mi obra, en esta época de afirmaciones materialistas y de iconoclasticismo universal, es demasiado prematura para las masas profanas, tanto peor para esas masas. Mas no era demasiado prematura para los estudiantes de Teosofía, atentos y celosos, sino quizá para aquellos que creían que un tratado acerca de correspondencias tan intrincadas como las que existen entre las religiones y filosofías del pasado, casi olvidado, y las de la edad presente, podía resultar una cosa tan sencilla como tomar un billete de ferrocarril á precio reducido. Hasta un solo sistema de filosofía, bien

sea de Kant ó de Herbert Spencer, de Spinoza ó de Hartmann, requiere algo más que un estudio de varios años.

¿No es lógico, pues, que una obra que compara á varias docenas de filosofías y más de media docena de religiones mundiales; una obra que ha de poner al descubierto las raíces de aquéllas con las mayores precauciones, ya que sólo puede *sugerir, insinuar* algunas veces ideas referentes á las secretas flores, no pueda ser comprendida en una primera lectura, ni siquiera después de varias, como no elabore el lector para su propio uso un sistema de estudio?

Que esto puede hacerse y se *está* haciendo, queda demostrado por los «Dos Estudiantes de la E. S.». Están sintetizando ahora *La Doctrina Secreta*, y de la manera más clara y comprensible lo llevan á cabo en esta revista. Como los demás, tampoco comprendieron esa obra inmediatamente después de haberla leído. Pero con el mayor celo emprendieron su trabajo. Hicieron un índice para su uso particular, clasificando las materias en dos partes: la *exotérica* y la *esotérica;* y habiendo terminado esa labor preliminar, ofrecen ahora á los lectores, en general, la primera parte, conservando la última para su propia instrucción y beneficio. ¿Por qué no habría de hacer lo mismo todo teosofista animado de buen deseo?

Existen distintos medios de adquirir el conocimiento:

(a) Aceptar ciegamente los preceptos de la iglesia ó de la ciencia moderna.

(b) Rechazar á ambas y proponerse hallar uno mismo la verdad.

El primer método es fácil y conduce á la respetabilidad social y á la alabanza de los hombres; el otro es difícil y exige un amor á la verdad poco común, una indiferencia completa respecto á todo beneficio personal y una inquebrantable perseverancia. Así era antiguamente, así es hoy día, salvo quizá, que ese amor á la verdad ha sido más raro en nuestra época que lo era en días pasados. La repugnancia del orientalista moderno á pensar por sí mismo es, en verdad, ahora tan grande como las exigencias y críticas del occidental respecto á los pensamientos de los demás.

Pretende aquél para su «Sendero» todo el confort moderno; exige aceras asfaltadas, tren rápido y telégrafos, y hasta telescopios con qué contemplar, cómodamente tendido, el trabajo de

los demás, y mientras les critica, hallar un trabajo fácil; en estas condiciones, dispuesto está á figurar de Ocultista y de Estudiante aficionado á la Teosofía.

Muy distinto es el verdadero «Sendero» conducente al conocimiento esotérico. Obstruida está su entrada por infinidad de plantas espinosas, frutos de la negligencia y omisión; los disfraces de la verdad, que tantos siglos de existencia cuentan, entorpecen el camino, está obscurecido por el orgulloso desdén de la propia presunción y por todas las verdades alteradas y desviadas de su origen. Penetrar sólo en el umbral de ese «Sendero» exige una incesante labor de años, no compensada muchas veces, y cuando ha logrado franquear la entrada, el abrumado peregrino ha de caminar con esfuerzo, porque la estrecha senda conduce á las cimas de montes inviolables, inmensurados é ignorados, salvo de aquellos que alcanzaron ya las nebulosas cumbres. Así ha de ascender, paso á paso, teniendo que conquistar cada palmo de terreno por sus propios esfuerzos; avanza guiado por extraños linderos, cuya naturaleza sólo puede reconocer descifrando en su camino las inscripciones medio borradas por los siglos, porque ¡hay de aquél si en vez de estudiarlas se detiene, declarando á aquéllas «indescifrables»! La «Doctrina del Ojo» es *maya;* sólo la del «Corazón» puede hacer de aquél un elegido.

¿Hemos de extrañar, pues, que tan pocos alcancen la meta? ¿Que tantos sean los llamados, pero tan pocos los elegidos?

¿Acaso no vemos explicado el motivo en tres líneas de la página 27 de *La Voz del Silencio?* Dicen éstas que «Mientras los »primeros repiten orgullosos, ¡ved! ¡yo sé!, los últimos, aque»llos que humildemente han atesorado, confiesan en voz baja »¡Así he oído!, y, por lo tanto, conviértense en los únicos ele»gidos».

H. P. BLAVATSKY

La fuerza de la antigüedad descansa, á mí ver, en ella, creyó que el hombre hacía su propio destino.—J. MICHELET.

LOS CUADRADOS
LLAMADOS MÁGICOS

(Continuación.)

VI.—MERCURIO.—☿

Del sexto planeta, según la clasificación astrológica, también tenemos un talismán ó medalla en nuestro Museo Arqueológico: la representada en la lámina 5.ª con la letra K.

El cuadrado de este planeta, según Agrippa, es el de la figura 40, con ocho casillas por lado.

8	58	59	5	4	62	63	1
49	15	14	52	53	11	10	56
41	23	22	44	45	19	18	48
32	34	35	29	28	38	39	25
40	26	27	37	36	30	31	33
17	47	46	20	21	43	42	24
9	55	54	12	13	51	50	16
64	2	3	61	60	6	7	57

Fig. 40.

Como sólo conocemos una medalla consagrada á Mercurio, que es la citada, y ésta tiene su cuadrado formado con caracteres hebreos y muy borrosos, no tendríamos ejemplo alguno de haber existido este talismán si no fuera porque Wolff nos cita

uno en su obra *Curiosus Amuletorum* (lám. IV, núm. 10), que es el representado en la siguiente figura 41. En ella se ve clara-

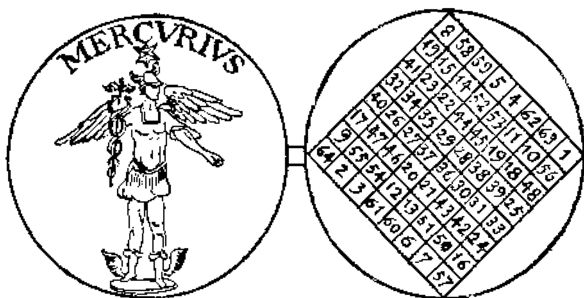


Fig. 41.

mente la figura de Mercurio sin carácter, signo ó cosa particular que borre el aspecto vulgar de esta medalla.

El cuadrado mágico coincide perfectamente con el de la figura 40 que nos enseña Agrippa.

La medalla K de la lámina 5.ª, á no estar en antecedentes, no es fácil reconocer en ella un cuadrado mágico, pues en el reverso se ve tan sólo una como inscripción hebrea compuesta de ocho líneas, resultando algo más larga que alta. Pero fijándose y conociendo el cuadrado de Agrippa en caracteres hebreos (figura 42), pronto se identifican algunos grupos y se descubre

ח	נה	נט	ה	ד	סב	סג	א
מט	יה	יד	נב	נג	יא	י	נו
מא	כג	כב	מד	מה	יט	יח	מה
לב	לד	לה	כט	כח	לה	לט	כה
מ	כו	כז	לז	לו	ל	לא	לג
יז	מז	מו	כ	כא	מג	מב	כז
ט	נה	נד	יב	יג	נא	נ	יו
סד	ב	ג	סא	ס	ו	ז	נז

Fig. 42.

su estructura de cuadrado mágico. Es de notar que en él las letras y renglones no están separados unas y otros por las líneas que debían terminar las casillas. Con un detenido examen se saca la impresión de que el cuadrado de la medalla K coincide en todas las casillas con el de la figura 42, y no obstante, este convencimiento no puede justificarse con prueba alguna, ya que hasta los signos misteriosos que llenan otras medallas de las que hemos estudiado, ó los nombres místicos que tanto nos intrigan en otros ejemplares de los talismanes, faltan en la medalla que ocupa ahora nuestra atención.

El anverso mismo de esta medalla dice muy poco referente á su carácter mágico. Una figura de relieve representa á Mercurio, fácil de reconocer por su caduceo en la mano derecha; su *petasus* alado, su clámide agitada por el viento y sus coturnos, pues en este caso no parecen *talarias* ni se ven las clásicas aletas con que se representa calzado á Mercurio. Delante del dios se ve una figura pequeña, quizá un niño.

Volviendo á los datos que refiere Agrippa, copiamos á continuación los números correspondientes al cuadrado de Mercurio.

8 = número de casillas por lado.
64 = 8×8 = número total de casillas.
260 = suma de las bandas, columnas y diagonales.
2.080 = suma total de todos los números del cuadrado.

La correspondencia de estos números con los nombres divinos es la siguiente:

8.—Asboga, el nombre del número ocho.... ארבגה
64.—Din.................................... דין
64.—Doni.................................... דני
260.—Tiriel................................ טיריאל
2.080.—Taphthartharath.................... תפתרתרת

Los signos de este planeta son éstos:

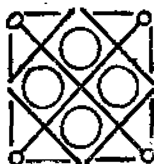


Fig. 43.
Mercurio.



Fig. 44.
Inteligencia de Mercurio.

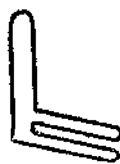


Fig. 45.
Demonio de Mercurio.

respecto de los cuales no conocemos interpretación alguna.

Aun cuando en ninguna de las dos medallas que conocemos—la K, del Museo Arqueológico, y la representada en la figura 41, que Wolff atribuye á Reichelto—no hemos encontrado signo astronómico ni nombre místico que nos revelara algo del objeto que representaba para los adeptos de la Edad Media, podemos añadir por nuestra parte que el nombre sagrado era Raphael, y los signos correspondientes á su exaltación y caída son Géminis ♊ y Virgo ♍, y no creemos difícil que se encuentre alguna de estas medallas donde se vean estos signos zodiacales y algunos de los citados por Agrippa, así como el nombre del arcángel.

VII—LA LUNA.—☽

Siete son los astros considerados principalmente en el antiguo sistema de Ptolomeo, en cuyo orden los hemos expuesto, y siete los cuadrados mágicos con que ilustraban los magos sus talismanes. Aquí, pues, corresponde por turno que nos ocupemos de la Luna, último astro de la serie, que parece encargado de cerrar el celestial cortejo.

Ni de este orbe, el último, ni de Saturno, el primero, se encuentran medallas en nuestro Museo ni en ninguno de los libros que de esto tratan y hemos podido consultar. También hemos visto que del Sol no hay ningún talismán en el Museo Arqueológico; pero está justificada tal ausencia por el preciado metal de que había de estar construído, y no obstante esto, hemos podido tener conocimiento de que estas medallas del Sol han existido, por las referencias y dibujos que de ellas dan Kircher y Reichelto, lo cual no ocurre con los correspondientes á Saturno y la Luna.

Muchas veces hemos pensado sobre esto y siempre hemos quedado con el mismo desconocimiento de las razones que pueden haber tenido los antiguos para no haberlas construído ó haberlo hecho en tan escaso número y con tales reservas y misterio, que ninguna señal ni referencia ha podido llegar hasta nosotros, de tal modo, que si no fuera por los datos de Agrippa y Kircher al describir los cuadrados mágicos en serie, por lo que no se podía prescindir de estos dos astros, no conoceríamos nada referente á ellos y á la posibilidad de construir sus correspondientes medallas.

El quedar limitada esta serie de cuadrados mágicos en el séptimo, correspondiente á la Luna, no quiere decir que no se puedan construir cuadrados de mayor número de casillas, pues J. Riollot, en su libro al cual hemos hecho referencia en otro lugar, trae cuadrados de 26 casillas por lado que hacen un total de 676 casillas, cuyas combinaciones son más curiosas y complicadas; y nuestro compatriota D. Felipe Medrano, en su libro publicado en 1744 (1), desconociendo los procedimientos matemáticos citados por Bachet de Mézirac en 1612 y hasta Kircher en 1655, construyó cuadrados, llegando hasta uno de 32 casillas por lado, ó sea con un total de casillas igual á 1.024. Él mismo nos lo refiere en estas palabras:

«Hize otros siete con las casas que refiere la Historia, y pro»seguí hasta el de veinte y una casas por lado: no executé algu»nos mas por su orden, por la dificultad de imprimirse en el an»cho de papel de marquilla, y para finalizar compuse el de »treinta y dos casas por lado, que fué preciso ponerle en marca »mayor.»

Excede el cuadrado mágico de Medrano al de Riollot en 348 casillas, y quizá hubiera llegado á más si no se le presentara la dificultad de poderlos imprimir, y por esta causa incluirlos en su libro, donde aparecen todos los cuadrados que compuso.

El único límite que se puede ofrecer para estos cuadrados es el presentado por los ocultistas antiguos, reservándolos para los siete genios planetarios, y estos siete cuadrados son, á nuestro juicio, los únicos que por su procedencia y objeto á que estaban y aun están dedicados, como tendremos ocasión de explicar, pueden ostentar el título que luego se hizo extensivo á todos los demás que reunían condiciones de orden matemática—muy curiosas por cierto—, y aun les superan en estas interesantes combinaciones. Así, pues, el cuadrado de la Luna cierra la serie de los que con propiedad pueden llamarse *Cuadrados Mágicos*.

Según los datos de Agrippa, en este cuadrado se disponían las cifras en el orden siguiente:

---

(1) ✠ Quadrados | magicos, | que sobre los que figuraban | los Egypcios, y pythagoricos, | para la superticiosa adoración | de sus falsos dioses, | ha adelantado el prolijo estudio | de D. Phelipe Medrano, cavallero del orden de Santiago, y consagra | á la Sacr. Real, Catholica Magestad | de la Reyna nuestra Señora | Doña Isabel Farnesio. | Con licencia: en Madrid: imprenta de Joachin Sanchez. | Anno de M DCC XLIV.

ABACO DE LA LUNA

37	78	29	70	21	62	13	54	5
6	38	79	30	71	22	63	14	46
47	7	39	80	31	72	23	55	15
16	48	8	40	81	32	64	24	56
57	17	49	9	41	73	33	65	25
26	58	18	50	1	42	74	34	66
67	27	59	10	51	2	43	75	35
36	68	19	60	11	52	3	44	76
77	28	69	20	61	12	53	4	45

Fig. 46.

Como calcado de este cuadrado formado con cifras vulgares, se presenta el de caracteres hebreos (fig. 47), y esta coincidencia, como hemos tenido ocasión de observar al describir los otros

לז	עח	כט	ע	כא	סב	יג	נד	ה
ו	לח	עט	ל	עא	כב	סג	יד	מו
מז	ז	לט	פ	לא	עב	כג	נה	יה
יו	מח	ח	מ	פא	לב	סד	כד	נו
נז	יז	מט	ט	מא	עג	לג	סה	כה
כו	נח	יח	נ	א	מב	עד	לד	סו
סז	כז	נט	י	נא	ב	מג	עה	לה
לו	סח	יט	ס	יא	נב	ג	מד	עו
עז	כח	סט	כ	סא	יב	נג	ד	מה

Fig. 47.

cuadrados, tiene lugar siempre que el cuadrado es de raíz impar, para los cuales, en los ejemplos que hemos citado, se habían servido los inventores del mismo procedimiento expuesto por Bachet.

Después de lo referido acerca de los demás cuadrados de letras hebreas, nada podemos añadir referente á este de la Luna, que por las condiciones que en él concurren y acabamos de explicar, resulta de los más vulgares, no dando lugar á que estuviera formado en un orden distinto al de las cifras comunes.

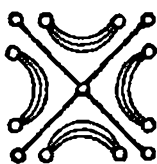
Los números característicos de este cuadrado son:

9 = número de casillas por lado.
81 = 9 × 9 = número total de casillas.
369 = suma de las fajas, columnas y diagonales.
3.321 = suma total de todos los números.

Los nombres divinos que corresponden á estos números son los siguientes:

9.—Hod.. הד
81. -Elim.. אלים
369.—Hasmodai.................................. השמדאי
3.321.—Schedbarschemoth Schartatham ... שדברשהמעת שרתתן
3.321.—Malcha betharsifim bed beruah Schehakim..............
.... מלכא בתרשיתים עד ברוהשחקים

Los que siguen son los signos que Agrippa refiere como pertenecientes á la Luna:


Fig. 48.

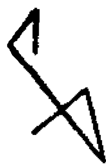
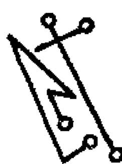

Fig. 49.


Fig. 50.


Fig. 51.


Fig. 52.

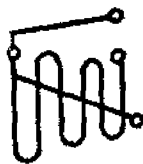

Fig. 53.

Fig. 48.—*Signo de la Luna.*
» 49.—*Signo del Demonio de la Luna.*
» 50 y 51.—*Signo del Demonio de los demonios de la Luna.*
Fig. 52.—*Signo de la Inteligencia de la Luna.*
» 53.—*Signo de las Inteligencias de la Luna.*

El arcángel correspondiente á este astro es Gabriel, y el signo zodiacal Cáncer ♋, pues lo mismo que el Sol, no tiene más que una *casa* en el zodiaco, que dicen los astrólogos.

Hasta aquí sólo nos hemos dedicado á describir las medallas con cuadrados mágicos que hay en el Museo Arqueológico Nacional, explicando éstos, sus curiosidades y las variantes que hemos podido encontrar; pero reservamos para los capítulos que siguen el explicar aquellos datos interesantes sobre su uso y cualidades que les han atribuído, referir los misteriosos signos con que los adornaban ó ilustraban, según otros escritores de aquellos siglos, y describir otras muchas medallas de interesante sabor oculto, ya talismanes ya amuletos, que también se conservan en nuestro Museo Arqueológico y que constituyen una interesante y valiosísima colección de la cual no hay noticia en el extranjero, ni quizá otra tan completa.

Manuel TREVIÑO Y VILLA

Madrid, Mayo de 1908

FILÓSOFOS ANTIGUOS Y CRÍTICOS MODERNOS

(CONCLUSIÓN)

Repetidas veces se ha dicho que entre el Panteísmo y el Fetiquismo no existe más que un paso insignificante. Afírmase que Platón era monoteísta. En cierto sentido lo era, sin duda alguna; mas su monoteísmo jamás le llevó al culto de un Dios *personal,* sino al de un Principio Universal, y á la idea fundamental de que sólo es real la existencia absolutamente inmutable ó exenta de cambio, siendo todas las existencias finitas y todo cambio apariencias únicamente, es decir, Mâyâ (1). En sentir de aquel filósofo, el *Ser* era noumenal, no fenomenal. Si Heráclito admite una Conciencia del Mundo ó Mente Universal, y Parmenides un ser inmutable idéntico al pensamiento universal é individual, y los pitagóricos con Filolao, descubren el verdadero Conocimiento (que es la *Sabiduría* ó Deidad) en nuestra conciencia de las relaciones inmutables entre los números y las medidas—idea que más tarde desfiguraron los Sofistas—, Platón fué quien expresó esta idea del modo más inteligible. Mientras la definición vaga de algunos filósofos acerca del *eterno venir á ser*, es demasiado á propósito para llevar al hombre propenso á

(1) *Sophistes*, pág. 249.

argumentar hacia un desesperante materialismo, el *Ser* divino de algunos otros sugiere un antropomorfismo igualmente antifilósofico. En vez de separar estos dos extremos, Platón nos demuestra la necesidad lógica de aceptar ambos, considerándolos bajo un aspecto Esotérico. Lo que él llama la «Existencia Inmutable» ó «Ser», se llama *Seidad* en la Filosofía Esotérica. Es SAT, que se convierte en determinados períodos en la causa del *Venir á ser*, no pudiendo, por lo tanto, considerarse este *Venir á ser*, como *existente*, sino sólo como algo que tiende sin cesar en su progreso cíclico hacia la Existencia Una Absoluta, á existir en lo «Bueno» y unido á lo Absoluto.

No puede la «Causalidad Divina» ser una Deidad personal, pues sería finita y condicionada, ni según Platón, ni según los vedantinos; pues aquél trata su asunto teológicamente, y en su investigación de las causas finales, va con frecuencia *más allá* de la Mente Universal, aun cuando la considera como un nóumeno. Los comentadores modernos han tratado en diversas ocasiones de demostrar que la idea de los neo-platónitos relativa al sentido secreto que constituye la base de las enseñanzas de Platón, es falsa. Niegan la presencia de «huella alguna definida de una doctrina secreta» en sus *Diálogos*.

Ni aun los pasajes sacados de las cartas platónicas (VII, pág. 341 *e*, II, pág. 314 *c*) contienen prueba alguna (1).

Sin embargo, como nadie negará que Platón había sido iniciado en los MISTERIOS, ya no caben las demás negaciones. Hay centenares de expresiones y alusiones en los *Diálogos*, que ningún traductor ni comentador moderno, excepción hecha de Thomas Taylor, ha entendido correctamente. Además, el hecho de aparecer en los discursos de Platón la doctrina pitagórica de los números y la de los números sagrados, resuelve la cuestión de un modo concluyente.

El que haya estudiado á Pitágoras y sus especulaciones acerca de la Mónada, que después de haber emanado la Duada se retira al silencio y á la obscuridad, creando así á la Triada, puede comprender de dónde partió la filosofía del gran sabio de Samos, y después de él la de Sócrates y Platón.

Parece que Espeusipo enseñó que el alma psíquica ó tumé-

(1) Véase HERMANN, I, págs. 541, 744, nota 755.

tica es inmortal, como el espíritu ó alma racional; y todo teosofista comprenderá el por qué. A menos que una personalidad sea aniquilada por completo—caso sumamente raro—, el «alma tumética», ó nuestro Manas inferior, es en cierto sentido, y en una parte de sí misma, *inmortal*, esto es, en la parte que sigue al Ego al Devachán. También aquél—como Filolao y Aristotéles, en sus disquisiciones acerca del alma—, hace del Eter un elemento; de modo que habría cinco elementos principales, correspondiendo á las cinco figuras regulares de la Geometría. Esta fué también doctrina de la escuela de Alejandría (1). Sin duda había mucho en las doctrinas de los filaleteos que no aparece en las obras de los platónicos más antiguos, pero que ciertamente fué enseñada en substancia por el gran filósofo mismo; si bien, efecto de su habitual reticencia, no lo confió á la escritura por ser demasiado secreto para darlo á la publicidad. Espeusipo y Jenócrates sostuvieron, como su gran Maestro, que el Anima Mundi, ó Alma del Mundo, no era la Divinidad, sino una manifestación suya. Jamás concibieron aquellos filósofos lo Uno como una naturaleza animada (2). Lo Uno original no *existe* á la manera como nosotros entendemos la palabra. Y hasta que él no se hubo unido con lo múltiple—la existencia emanada (la Mónada y la Duada) ningún ser fué producido. El τίμιον, honrado)—el algo manifestado—está en el centro así como en la circunferencia; pero es tan sólo el reflejo de la Divinidad, el Alma del Mundo (3). En esta doctrina encontramos todo el espíritu del *Bodhismo* Esotérico ó Sabiduría Secreta.

Aunque algunos han considerado á Espeusipo como inferior á Aristóteles, el mundo le debe, sin embargo, la definición y exposición de muchas cosas que Platón, en su doctrina de lo Sensible é Ideal, había dejado á obscuras. Su máxima era que «lo Inmaterial se conoce por medio del pensamiento científico, lo Material por la percepción científica (4).

Jenócrates expuso muchas de las teorías y enseñanzas no escritas de su maestro. También tenía en la mayor estima la doctrina pitagórica, con su sistema numérico y matemático. Reconociendo tan sólo tres grados de conocimiento—el *Pensa-*

(1) *Theo. Arith*, pág. 62. *On Pythag. Numbers.*
(2) PLATÓN: *Parmenid*, 141, E.
(3) Véase *Stobæus. Ecl.* I, 862.
(4) SEXTUS: *Math*, VII, 145.

miento, la *Percepción*, y la *Consideración* (ó conocimiento por *Intuición)—*, hacía de todo cuanto existe más allá de los cielos el objeto del Pensamiento; de la Percepción, las cosas que están en los cielos; de la Intuición, los cielos mismos. El origen de estas tres cualidades se encuentra en el *Mânava Dharma Shâstra* de la India, al hablar de la formación (creación en lenguaje vulgar) del hombre. Brahmâ—que es Mahat, ó el Alma Universal—saca de su propia Esencia al espíritu *el soplo inmortal que no perece en el ser humano*, mientras que Brahmâ da al alma (inferior) de este ser, la Ahankâra, conciencia del Ego. Luego se le añade la inteligencia «formada de las *tres cualidades*».

Estas tres cualidades son: el Entendimiento, la Conciencia y la Voluntad, que responden al Pensamiento, á la Percepción y á la Consideración (Intuición) de Jenócrates, que parece haber sido menos reticente que Platón y Espeusipo, en su exposición del alma. Después de la muerte de su maestro Jenócrates viajó con Aristóteles, y fué Embajador cerca de Filipo de Macedonia. Pero veinticinco años más tarde le vemos dirigiendo la Antigua Academia, desde la presidencia de la misma, como sucesor de Espeusipo, que durante más de un cuarto de siglo había ocupado aquel puesto, y dedicando su vida á los temas filosóficos más abstrusos. Se le tiene por más dogmático que Platón, y por consiguiente debió haber sido un enemigo más peligroso para las escuelas que le combatían. Sus tres grados de conocimiento, ó las tres divisiones de la Filosofía, la separación y conexión de los tres modos de la cognición y comprensión, resultan más definidos que en Espeusipo. Para él, la Ciencia se refiere á «aquella esencia que es objeto del pensamiento puro, y que no está comprendida en el mundo fenomenal»—lo cual está en oposición directa con las ideas aristotélico-baconianas; refiere la percepción sensible á lo que pasa en el mundo de los fenómenos; y la concepción á aquella esencia, «que es á la vez el objeto de la percepción sensible, y matemáticamente, de la razón pura—la esencia del cielo y las estrellas». A pesar de toda su admiración, Aristóteles jamás hizo justicia á la filosofía de su amigo y condiscípulo. De sus mismas obras resulta esto evidente, siempre que se refiere á los tres modos de comprensión, según los explica Jenócrates, se abstiene de mencionar el método por el cual demostró el último que la percep-

ción científica está relacionada con la verdad. La razón de esto se desprende de lo siguiente, que encontramos en una biografía de Jenócrates:

Es probable que lo que tenía de peculiar la lógica aristotélica, no pasó inadvertido á Jenócrates; porque difícilmente puede ponerse en duda que la división de lo existente en lo que existe absolutamente y lo que existe relativamente, atribuída á Jenócrates, era opuesto á la tabla de categorías de Aristóteles.

Esto demuestra que no era Aristóteles mejor que algunos de nuestros hombres de ciencia modernos, que suprimen los hechos y la verdad, para que no choquen con sus extravagancias é «hipótesis» privativas. Jenócrates desarrolló la relación de los números con las Ideas más ampliamente que Espeusipo, y sobrepujó á Platón en su definición de la doctrina de las Magnitudes Invisibles. Reduciéndolas á sus elementos ideales primitivos, demostró que cada forma y figura tenía su origen en la línea invisible más pequeña. Que Jenócrates sostuvo las mismas teorías que Platón, por lo que se refiere al alma humana (que se supone ser un número) es evidente, aunque Aristóteles lo contradice, como toda otra doctrina de este filósofo (1). Esto demuestra que Platón expuso muchas de sus doctrinas oralmente, aun cuando se demostrase que Jenócrates, y no Platón, fué el primero que dió á luz la teoría de las magnitudes invisibles.

Hace derivar el Alma de la primera Duada, y la llama un número que se mueve por sí mismo (2). Observa Teofrasto que penetró y elaboró esta teoría del Alma más completamente que ningún otro platónico, porque consideraba la intuición y las ideas *innatas*, δόξα, en un sentido más elevado que ningún otro, y colocaba las matemáticas como intermedias entre el conocimiento y la percepción sensible (3). Entonces fundó sobre esta teoría del Alma la doctrina cosmológica, y demostró la existencia necesaria en todos los puntos del Espacio universal, de una serie sucesiva y progresiva de seres animados y pensantes, si bien espirituales (4). El Alma Humana es para él un compuesto de las propiedades más espirituales de la Mónada y

(1) *Metapg.*, 407. a. 3.
(2) *Appendix to Timæus.*
(3) ARISTÓT., *De Interp.*, pág. 297.:
(4) STOB.: *Ecl.*, I, 62.

de la Duada, que posee los principios más elevados de ambas. Así llama Deidades á la *Unidad* y la *Dualidad (Mónada y Duada)*, presentando á la primera como una Existencia masculina, rigiendo los cielos como «Padre-Espíritu» y como número *impar;* y á la última, como Existencia femenina, el Alma Madre, la Madre de los Dioses (Aditi), pues es el Alma del Universo (1). Mas al referirse como Platón y Prodico, á los Elementos como á Poderes Divinos, llamándolos dioses, no relacionaba idea antropomórfica alguna con esta denominación; y lo mismo acontecía á los demás filósofos. Krische observa que los llamaba dioses sólo para que no se confundiesen esos poderes elementarios con los demonios del mundo inferior (2) (los espíritus elementarios). Como el Alma del Mundo penetra todo el cosmos, aun los animales deben tener algo divino (3). Esta es también la doctrina de los Buddhistas y de los Herméticos, y Manu concede un alma viviente á las plantas mismas y á la hierbecilla más diminuta, doctrina ésta esotérica en absoluto.

Según esta teoría, los demonios son seres intermedios entre la perfección divina y la humanidad pecaminosa (4), dividiéndolos en clases, cada una de las cuales se subdivide en muchas otras. Pero declara terminantemente que el alma individual ó personal es el demonio, guardián y guía de cada hombre, y que ningún demonio posee mayor poder sobre nosotros que el nuestro propio. Así, el Demonio de Sócrates es el Dios ó entidad divina que le inspiró durante toda su vida. Del hombre depende el abrir ó cerrar sus percepciones á la voz divina. Como Espeusipo, concedió la inmortalidad á la ψυχή, el cuerpo psíquico ó alma irracional.

Pero algunos filósofos herméticos han enseñado que el alma sólo tiene una existencia separada continua, mientras en su paso á través de las esferas permanecen algunas partículas materiales ó terrestres incorporadas á ella; y que cuando esté absolutamente purificada, quedan estas últimas aniquiladas, uniéndose la quinta esencia del alma solamente con su divino Espíritu, el Racional, no formando los dos, en adelante, más que una sola entidad. Difícil es dejar de reconocer en estas ense-

(1) Stob.: Ibid.
(2) Krische: *Forsch.*, pág. 322, etc.
(3) Clem.: *Stro. Alec.*, V, 590.
(4) Plutarch: *De Isid.*, ch. 25, pág. 360.

*

ñanzas un eco directo de doctrinas indias mucho más antiguas, encarnadas hoy en las llamadas doctrinas «Teosóficas», relativas al Manas dual. El Alma del Mundo, aquello que los Yogâchâryas llaman «Padre-Madre» (1), lo denominaba Jenócrates Principio macho-hembra, cuyo elemento masculino, el Padre, designaba como el último Zeus, la última actividad divina, que es exactamente lo mismo que lo designan los estudiantes de la Doctrina Secreta, al llamarlo el tercero y último Logos, Brahmâ ó Mahat. A esta Alma del mundo corresponde el dominio sobre todo lo que está sometido al cambio y al movimiento.

La esencia divina—dijo—, infundió su propio Fuego ó Alma, en el Sol y en la Luna, y en todos los planetas, en una forma pura: en la forma de los Dioses Olímpicos. Como poder sublunar, el Alma del Mundo habita en los Elementos, produciendo seres y poderes Demoniacos (espirituales), constituyen un lazo de unión entre los dioses y los hombres, estando relacionados con ellos «como lo está el triángulo isósceles, al equilátero y al escaleno» (2).

Declara Zeller que Jenócrates prohibió la alimentación animal, no porque observase en las bestias algo semejante al hombre, puesto que les atribuía una débil conciencia de Dios, sino

Por la razón opuesta, temiendo que la irracionalidad de las almas animales pudiese ejercer de ese modo cierta influencia sobre nosotros (3).

Mas nosotros creemos que era más bien porque, como Pitágoras, había tenido por Maestros y modelos á los Sabios Indios. Cicerón pintó á Jenócrates despreciando por completo todas las cosas, excepto la virtud más sublime (4), y describe la pureza y la severa austeridad de su carácter.

El problema que tenemos que resolver, es librarnos de la dominación de la existencia sensual; vencer los elementos titánicos de nuestra naturaleza terrestre, con ayuda de lo Divino (5).

Zeller le hace decir:

La pureza, aun en las secretas aspiraciones de nuestro corazón, es

---

(1) Ed. Zeller: *Philos. der Griechen.*

(2) Cicerón: *De Natura Deorum*, I, 13. Stob, or Plut., *De Orac. Defec.*, página 416, c.

(3) *Plato und die Alte Akademie.*

(4) *Tusc.*, V. 18, 51.

(5) Ibid. Cf. pág. 559.

nuestro deber, y solamente la Filosofía y la Iniciación en los Misterios ayudan á la consecución de este objeto (1).

Así se debe ser, pues vemos á hombres como Cicerón y Panecio, y antes que ellos á Aristóteles y Teofrasto, su discípulo, expresando el mayor respeto hacia Jenócrates. Sus escritos — tratados científicos acerca de la Metafísica, la Cosmología y la Filosofía — debieron ser numerosísimos. Escribió sobre la Física y acerca de los Dioses; sobre lo Existente, lo Uno y lo Indefinido; sobre los Afectos y la Memoria; sobre la Felicidad y la Virtud; cuatro libros sobre la Realeza, y tratados innumerables acerca del Estado; escribió también acerca del poder de la Ley; sobre Geometría, Aritmética, y finalmente, sobre Astrología. Los escritores clásicos afamados que le citan y mencionan, se cuentan por docenas.

Crantor, otro filósofo de los primeros tiempos de la Academia de Platón, concebía al alma humana formada de la substancia primaria de todas las cosas, la Mónada ó lo *Uno*, y la Duada ó el *Dos*. Plutarco habla extensamente de este filósofo, que á semejanza de su Maestro, creía que las almas eran asignadas á los cuerpos terrestres como un destierro y castigo.

Heráclidas enseñaba la misma ética, si bien creen algunos críticos que esté estrictamente adicto á la filosofía primitiva de Platón, (2). Zeller le considera participando como Hiceto y Ecfanto, de la doctrina pitagórica, sobre la rotación diurna de la tierra, y la inmovilidad de las estrellas fijas; pero añade que ignoraba la revolución anual de la tierra en derredor del sol, y el sistema heliocéntrico (3). Mas tenemos pruebas evidentes de que este último sistema se enseñaba en los Misterios, y de que Sócrates murió á causa de su «ateísmo» es decir, por haber divulgado ese conocimiento sagrado. Heráclidas adoptó en todo las opiniones pitagóricas y platónicas acerca del alma humana, sus facultades y aptitudes. La describe como una esencia luminosa, sumamente etérea. Afirma que las almas habitan en la vía láctea, antes de caer en la «generación» ó existencia sublunar. Sus demonios ó espíritus son cuerpos aéreos y vaporosos.

En la *Epinomis* está ampliamente expuesta la doctrina pitagórica de los números, en relación con las cosas creadas.

(1) *Plato und die Alte Akademie.*
(2) Ed. Zeller: *Philos. der Griechen.*
(3) *Plato und die Alte Akademie.*

Como verdadero platónico, sostiene su autor que sólo puede alcanzarse la sabiduría por medio de una investigación completa de la naturaleza oculta de la creación; sólo esto nos garantiza una existencia de bienaventuranza después de la muerte. La inmortalidad del alma, es objeto de una extensa especulación en este tratado; pero su autor añade que sólo podemos adquirir ese conocimiento mediante una comprensión cabal de los números; porque el hombre, incapaz de distinguir la línea recta de la curva, nunca poseerá la sabiduría bastante para hacer una demostración matemática de lo invisible; es decir, que tenemos que asegurarnos nosotros mismos de la existencia objetiva de nuestra alma, antes de que podamos aprender que estamos en posesión de un espíritu divino é inmortal. Jámblico dice lo mismo, añadiendo, además, que esto es un secreto que pertenece al más alto grado de la Iniciación. El Poder Divino—dice—, siempre se indignó con aquellos «que hicieron pública la composición del *icostágono*», ó sea los que revelaron el método para inscribir el dodecaedro en una esfera.

La idea de que los «números» que poseen la mayor virtud producen siempre lo bueno y jamás lo malo, se refiere á la justicia, á la ecuanimidad y á todo lo que es armónico. Cuando habla el autor de cada estrella como de un alma individual, sólo se refiere á lo que los Iniciados indios y los Herméticos enseñaron antes y después que él, esto es, que cada estrella es un planeta independiente que, como nuestra tierra, posee un alma propia, estando cada átomo de materia impregnado de la influencia divina del Alma del mundo. Respira y vive, siente y sufre, así como goza de la vida á su modo. ¿Qué naturalista está dispuesto á poner esto en duda con pruebas evidentes?

Debemos considerar, por lo tanto, los cuerpos celestes como imágenes de los Dioses; como partícipes en substancia de los poderes divinos; y aunque en la entidad de su alma no son inmortales, su acción en la economía del Universo es acreedora á honores divinos, semejantes á los que tributamos á dioses menores. La idea es sencilla, y verdaderamente mal intencionado ha de ser aquel que la falsee. Si el autor de la *Epinomis* coloca á estos dioses igneos á mayor altura que á los animales, á las plantas y aun á la humanidad, á todos los cuales como criaturas terrestres les asigna un puesto inferior ¿quién podrá demostrar que se equivoca por completo? Necesario es, por cierto, pene-

trar mucho en las profundidades de la metafísica abstracta de los antiguos filósofos, para comprender que las diferentes envolturas de sus concepciones están, después de todo, basadas sobre una inteligencia idéntica de la naturaleza de la Causa Primera, sus atributos y métodos.

Cuando el autor de la *Epinomis*, de conformidad con otros muchos filósofos, coloca tres clases de demonios entre los dioses superiores y los inferiores, y puebla el Universo con huestes de sublimes Seres, es más racional que los modernos Materialistas. Estos últimos, haciendo entre dos extremos—lo desconocido y lo invisible, por lo tanto, de acuerdo con su lógica, lo *no-existente,* y lo objetivo y sensible—un enorme hiato de ser y teatro de fuerzas ciegas, podrán esforzarse en explicar su actitud fundados en el «Agnosticismo científico»; sin embargo, jamás conseguirán probar que este último es consecuente con la lógica, ó siquiera con el simple sentido común.

H. P. B.

LA RELIGIÓN DE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no tiene ninguna religión que propagar, ni ningún credo que imponer; trabaja por la Verdad únicamente, y nadie puede desviarnos de lo que consideramos el sendero de nuestro deber y por el que sacrificaremos todo. Nuestro lema ha de ser siempre: «No hay Religión más elevada que la Verdad.»

H. P. B.

Desde el gran Manú de nuestra quinta raza-raíz, la aria, la obra actual de sus discípulos del Asia Central, dirigida por los iniciados de la Gran Logia Blanca, en emigración tras emigración hacia el Sur ó Aryavasta (India) y hacia occidente Afghanistan y Persia, y más aún hasta Arabia, Siria, Grecia y Centro de Europa, ha visto nacer una religión y una civilización una tras otra. La religión es un factor esencial en la marcha de una nueva raza; es una religión lo que caracteriza á la civilización de un pueblo de otro cualquiera. El verdadero fundamento de una nación ó de una comunidad está en su propia religión, pues como se dice en el *Mahabharata*, «lo que soporta y mantiene unidos los pueblos es el Dharma.»

Nuestra quinta raza-raíz, como las precedentes, ha tenido una civilización que ha sido alboreada por una nueva religión. La civilización de la subraza teutónica fué precedida por el advenimiento del gran Maestro, el Cristo; y cada una de las demás civilizaciones ha tenido por base una religión que constituye su nota fundamental. Esa nota en la magnífica civilización de la antigua India fué el Dharma, la Ley; en la antigua Persia, Ashoi, la Pureza, y así en todas las demás; y cuando los adictos á una religión se desvían del camino espiritual, la decadencia y la degeneración aparejan la ruína de la misma. Invariablemente la causa de tal hecho ha sido el abandono y la pérdida de la espiritualidad.

En lo pasado, la religión que echaba los sillares de una civilización, daba á un pueblo particular, en cualquier parte del mundo, una fase especial ó un aspecto de la verdad por el que edificaba el mandir, la mezquita, el templo ó la iglesia, y mientras los adoradores permanecían fieles, el templo se levantaba, pero venía al suelo en cuanto desaparecía la pureza. En la antigua India, Dharma fué el principal aspecto de la Verdad y por él consiguió el pueblo la más alta idealidad. En Persia el aspecto predominante fué la Pureza; y cuando vino el Cristo dió éste al mundo un nuevo aspecto de aquélla en el propio sacrificio. Cada tiempo tiene un aspecto particular, una fase parcial del conjunto indivisible que contiene la Verdad.

¿Por qué es eso? No es por la razón poderosa del profeta que no sabe todas las verdades, aunque haya alcanzado todas las perfecciones, sino por la masa que ha recibido la predicación, pero que no ha estado preparada para todas. Así vemos que lo ha declarado el Cristo:

«Tengo aún otras cosas que deciros, pero ahora no las comprenderíais. Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades.» (Juan, XVI, 12-13.)

Hay establecidas, además, diferentes verdades en el mundo más ó menos insuficientes para los que necesitan enseñar y conocer toda la Verdad en su conjunto. El someterse, pues, al más sabio, al más elevado y al más profundo es una cosa necesaria. El número de esas creencias acreciéntase cada día, y la urgencia de la Religión de la Verdad es apremiante. El progreso en las especulaciones filosóficas y en las indagaciones científicas ha elevado esa demanda á un punto en que es necesario proclamar, al menos, que la Religión es la base y fundamento, el manantial y la fuente de todas las fes y creencias.

Aquellos que velan por la humanidad y que la ayudan, sin que ella lo conozca ni lo aprecie como debe, aquellos que forman la fraternidad conocida como la Logia Blanca, trabajan por la perfección, organización y elevación de la raza, aguardando el preciso momento para ennoblecer al hombre que esté pronto á seguir adelante. Entre esos están los Profetas, los Sa-

bios y los Santos de todos los tiempos y de todos los países, los grandes iniciados conocidos del mundo por su sabiduría y su compasión. De esa Logia Blanca vienen de tanto en tanto legisladores divinos y predicadores del espíritu para calmar la sed de humanidad, y cuando demandamos más que con los labios la luz, envían un nuevo mensajero para disipar las tinieblas del temible escepticismo, del materialismo científico y de la superstición religiosa, si la petición de la Religión de la Verdad se ha hecho tras un desarrollo intelectual y un completo desenvolvimiento de la conciencia, respondiendo al corazón y á la cabeza.

En respuesta á esa demanda viene el mensajero de la Teosofía, la Religión de la Verdad, no como una fe más, ni como un nuevo aspecto de la verdad, sino como la verdadera y fundamental Religión de la Verdad. ¿Qué dijo á sus primeros discípulos? ¿Qué dice á sus discípulos de hoy? ¿Qué puede decir en su pristina é inmaculada pureza, al que se acerque sino esto? Ve la Verdad en todas partes, en todas las cosas, porque la Verdad es omnipresente; búscala por todos los caminos, por todos los medios, rebúscala en lo más recóndito en todos los libros, en cada religión, en cada filosofía y en cada ciencia, porque todo lo penetra.

Considérese la diferencia que hay entre los mensajes anteriores y éste. La Teosofía, la Sabiduría Divina, el Brahma-Vidya, el Paravidya, pues con todos estos nombres puede designarse, no nos manda creer en ninguna Biblia particular, sino en todas las Biblias y Koranes del mundo. Consideremos, pues, todas las religiones como donaciones de Dios, cada una ocupando su puesto, pero no como la perfecta corporeidad ó incorporación de la Divina Verdad.

La Teosofía es la Religión en que han de tomar cuerpo las verdades de todas las religiones existentes. Es el lazo «que sujeta todas las flores del ramo», todas las creencias del mundo. ¿Y cuál es ese gran artículo de fe? La Fraternidad Universal. Todo gira alrededor de ella, porque ella mueve todo; y así, la Fraternidad es el punto céntrico sobre el que giran todos los círculos religiosos, filosóficos y científicos que pueden resolverse en ese centro.

La Teosofía es un soberbio edificio cuyo fundamento es la religión de la verdad, cuyas paredes están formadas por la ciencia de la vida y cuyo remate es la más sublime filosofía. La Teosofía es el templo sagrado, el *Santa Santorum* en el que han de desempeñar un gran trabajo sus moradores, porque han de luchar contra las civilizaciones bárbaras, contra los vicios, contra las crueldades y brutalidades sociales, extendiendo sus manos por encima de los pueblos y de las regiones y ayudando en la medida de sus fuerzas la Paternidad de Dios y la Fraternidad del hombre. Y cuando tal obra se haga, la nueva civili-

zación surgirá de ella y la nueva fe se proclamará á todos los hombres bajo el lema de: «No hay religión más elevada que la Verdad.»

B. P. WADIA

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Biblioteca teosófica. En el presente mes se inaugurará en Barcelona la Biblioteca teosófica pública, que ha fundado en la capital del principado la *Rama Arjuna*. La apertura revestirá una gran importancia, y confíase en que gracias al trabajo desplegado para tan interesante obra, se obtenga un provechoso fruto.

Oportunamente daremos cuenta de la apertura de este establecimiento.

Nuevas publicaciones. La prensa teosófica ha sido enriquecida en lo que va de año con tres nuevas revistas, á saber: *The American Theosophist*, *Theosophical Annals* y *The Sonth African Bulletin*.

La Reencarnación. Nuestro colega la revista *Ultra*, de Roma, dice que la *Nueva Enciclopedia Internacional* inglesa se ocupa de algunas de las principales enseñanzas teosóficas, como la *Reencarnación,* por ejemplo, lo que le da ocasión para ilustrar semejante creencia con ejemplos de ilustres escritores ingleses como Dickens, Henley, Browning y Dante Gabriel Rosetti, que en varios lugares de sus obras poéticas han experimentado, al parecer, la profunda convicción y sincero recuerdo de existencias anteriores.

Revistas teosóficas. *The Theosophist* prosigue la publicación de los interesantes estudios de A. Besant sobre *La Química oculta*. Inserta además en el número de Septiembre, entre otros trabajos, todos ellos muy recomendables, uno de C. Grenville Alabarter sobre *La génesis de las sectas,* y otro de N. E. David sobre *El Karma y la reencarnación entre los hebreos*.

En *The Theosophical Review*, G. R. S. Mead continúa un erudito trabajo sobre *El misterio del Cristo*, y Mr. A. A. Wells comienza un estudio sobre las célebres *Revelaciones de la Bienaventurada Angela de Foligno*.

En el último número (Agosto) de la revista teosófica italiana *Ultra*, el meritísimo Augusto Agaliti continúa su excelente trabajo *La cábala ó filosofía religiosa y mágica de los israelitas*. Luis Melini inserta un estudio muy notable sobre *El infierno del Dante y La Teosofía*, resumen de una conferencia en el Grupo Roma, de la Sociedad Teosófica.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.